



Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: “Paz a vosotros.”

Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. El les dijo: “¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.”

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: “¿Tenéis ahí algo que comer?”

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: “Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse.”

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: “Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.”

Palabra del Señor

Comentario

Los dos discípulos de Emaus han regresado a Jerusalén y han contando a los discípulos cómo han reconocido al Señor. Estos dos discípulos han vuelto a la comunidad eclesial y comparten con los apóstoles donde encontrar al Señor: en la Eucaristía.

Jesús se vuelve a presentar en medio de los apóstoles. Se vuelve a poner en medio de los apóstoles y les da su paz. Jesús vuelve a ser el centro. Están todos los discípulos reunidos y el Señor en medio de ellos. Jesús quiere permanecer en medio de los cristianos.

Los apóstoles se sorprenden ante la presencia del Señor. La resurrección del Señor no es fácil de asumir. Los discípulos tienen muchas preguntas, muchos interrogantes sobre la resurrección, y el Señor les da pruebas de su identidad.

Los signos de la pasión son la prueba evidente de que el mismo Jesús que estuvo entre ellos, que sufrió la pasión, que murió en la cruz es el mismo que ha resucitado. La presencia de Jesús en medio de los apóstoles sirve para hacer comprender que no es un fantasma o un espíritu sino que tiene carne y huesos. Estaba muerto y ahora vive. Una vida gloriosa.



*Comentario al Evangelio III Domingo de Pascua
Hch 3, 13-19; Sal 4, 1Jn 2, 1-5; Lc 24, 35-48*

Para hacer notar su corporeidad pide a los discípulos algo de comer. Ellos le ofrecen algo de pescado y Jesús se pone a comer mientras les va explicando a los discípulos el sentido de la Sagrada Escritura y cómo todas las promesas realizadas por Dios Padre se han cumplido en Él.

Se produce un diálogo entre Jesús y los apóstoles. Un diálogo donde los apóstoles escuchan la Palabra de Dios y empiezan a entender la vida y los acontecimientos diarios desde el plan de Dios.

El Señor les concede el don de entendimiento para que puedan comprender mejor la Sagrada Escritura. Esta será una gran ayuda en su vida. Los apóstoles toman conciencia de que la Palabra de Dios anunciada por los profetas se ha hecho carne en la persona de Jesús, y que esa Palabra de Dios sigue vigente para todas las personas que quieran encontrarse con Dios.

Para poder comprender bien la Palabra de Dios necesitamos la ayuda del Espíritu Santo que nos capacita para interpretar correctamente la Sagrada Escritura y no realizar una lectura sesgada o interesada.

Acaban de entender el misterio de la pasión del Señor. Los cánticos del profeta Isaías sobre el Siervo de Yahvé anunciaban la pasión y la muerte, y a su vez la vida nueva que Dios ofrecía. El deseo de cumplir la voluntad de Dios sufriendo por amor a las personas ha sido devuelto por Dios Padre resucitando a Jesús.

Los apóstoles son testigos de este gran acontecimiento: Jesús ha resucitado. El Señor les hace un último encargo a los apóstoles que compartan con todas las personas lo que ellos han vivido y experimentado.

Esta es la tarea de la Iglesia compartir con todas las personas el anuncio gozoso de que Jesús, por nosotros y por nuestra salvación, ha muerto y ha resucitado y que con su resurrección nos ha abierto para todos las puertas del cielo.

Es una clara invitación a entrar en ese encuentro de amor con Dios para dialogar con Jesucristo y avanzar así hasta el cielo. La Iglesia continua anunciando a todas las personas un cambio en su vida, una orientación hacia Dios, en definitiva poner nuestra mirada en Jesús.

Para poder llevar a cabo esta misión no bastan los medios humanos. Se puede correr el peligro de quedarnos en los medios y no alcanzar el fin que es el encuentro entre Dios y la persona, por eso, es vital para todos los creyentes la máxima unión con el Señor que se produce por medio de los sacramentos, de la oración y de las obras de caridad. El Espíritu Santo hará que los corazones de los creyentes se vayan abriendo al amor de Dios.